

El Liderazgo: Las Relaciones bíblicas y saludables

Por Bob Young

En mis estudios bíblicos doctorales, mi tema favorito era el del liderazgo. Quiero compartir tres conceptos primordiales sobre las relaciones de quienes sirven como líderes en la iglesia.

1. La relación con otros cristianos

Somos ministros, no señores. El liderazgo que transforma vidas no es el que ejerce dominio, sino el que da el ejemplo.

Texto Bíblico: 1 Pedro 5:2-3

Entre los problemas que más frecuentemente anulan el ministerio y los esfuerzos de los líderes está la tendencia de confundir la responsabilidad ministerial con un llamado a adueñarse de la vida de los miembros del cuerpo de Cristo. Probablemente esta postura sea la que ha contribuido más a frenar los proyectos del Reino y a dañar profundamente la vida espiritual de los hijos de Dios que la suma de todos los otros problemas que son comunes a la iglesia.

El pasaje contiene un llamado a apacentar la grey de Dios. La palabra «apacentar» comunica el concepto de bondad, ternura y tranquilidad. Quien ha tenido la oportunidad de observar a un pastor de ovejas habrá notado que, de todos los trabajos que involucran el cuidado de animales, este es el que requiere mayor mansedumbre y sosiego. La oveja es un animal indefenso que fácilmente se mete en problemas. El buen pastor la conduce con un espíritu apacible y contagia al animal de su propio comportamiento lento y pausado. Los movimientos violentos y agresivos tienden a espantar al rebaño.

A modo de aclaración, el apóstol Pedro específicamente instruye a los ancianos a que no se enseñoren de la grey. El diccionario define el término como «controlar, subyugar, ejercer dominio sobre, imponerse». Estas definiciones revelan un espíritu de competencia agresiva que busca una posición de supremacía sobre los demás; viene acompañado del mensaje implícito de que el ministro merece esa posición de superioridad por ser mejor que los demás, ya sea por su rol, por sus dones o por su llamado.

En la práctica, esta actitud produce congregaciones llenas de tensiones. La palabra del ministro no puede ser cuestionada, porque tiene mayor autoridad que los demás. El ministro tiene derecho a decidir por los demás, sin darles la oportunidad a que piensen o participen en el proceso. Puede imponer cambios en la congregación sin consultar a nadie, simplemente por ser el ministro. Todas las decisiones que los demás quieran tomar deben ser autorizadas por su persona. Nadie puede avanzar en un proyecto si él no ha dado su «visto bueno».

Usted ya se habrá dado cuenta de que esta situación tiene matices bastante enfermizos. No obstante, es muy triste ver la cantidad de congregaciones que funcionan con estos parámetros. Pedro ofrece una alternativa a este modelo: que el anciano o ministro sea ejemplo. En este enfoque el énfasis está en la vida del líder. Lo llama a estar más preocupado por su propia conducta que por vigilar si los demás lo obedecen o toman en cuenta. La razón es sencilla: El factor que más afecta el proceso de transformación en los demás es el impacto producido por vidas santas a su alrededor. El líder no debe obligar a los demás, sino que, con su propia devoción, los atraiga a ser como Cristo. ¡Qué tremendo desafío! Pero bien vale la pena invertir en este estilo de liderazgo. ¡Las personas a las que usted ministra jamás serán iguales!

2. La relación con la iglesia

Líderes tienen la responsabilidad de ministrar, y también a veces necesiten ser ministrados. Se requiere un corazón abierto y humilde, dispuesto a recibir de nuestros hermanos lo que ellos pudieran entregarnos de parte de Dios.

Texto Bíblico: Romanos 1:11-12

Por largo tiempo Pablo había albergado en su corazón el deseo de visitar a los cristianos que residían en Roma. Era inevitable que el apóstol, que tanto había contribuido a la expansión del reino, fijara los ojos en la capital del vasto Imperio Romano. En el texto de hoy se encuentra claramente la razón que lo movía a realizar este viaje.

Así como lo deseó para todos los lugares por los que había pasado, Pablo también deseaba ministrar en Roma la Palabra y confortar a los hermanos en la fe. El que tiene una verdadera vocación ministerial no puede evitar ejercer su ministerio dondequiera que se encuentre, pues la tarea del liderazgo no es un trabajo sino el ejercicio de un don espiritual. Por esta razón, entonces, el apóstol deseaba llegar a la capital con el fin de «confirmar» a los hermanos, impariéndoles algún don espiritual. Se entiende por esta frase que él deseaba seguir edificando a la iglesia, para que alcanzara la plenitud de su potencial en Cristo Jesús. Esto incluía el que recibiera y aprendiera a utilizar los dones que el Señor ha entregado a su pueblo.

Resulta interesante, sin embargo, observar el resto del texto. Pablo no solamente deseaba llegar hasta ellos para ministrárselos, sino que él también anhelaba recibir de ellos todo lo que quisieran darle. Encontramos en este deseo una profunda comprensión de la dinámica de la iglesia, donde todos nos edificamos mutuamente para producir el crecimiento del cuerpo de Cristo.

Esta receptividad hacia el ministerio de los demás es una de las actitudes más difíciles de encontrar en los líderes. Es muy fácil que el líder llegue a pensar que él es el que edifica la iglesia y que su única función dentro del cuerpo es la de estar dirigiendo y ministrando la vida de los demás. Cuando esta perspectiva se hace fuerte, le cuesta al líder la capacidad de relajarse en la presencia de los demás, para sacarse «la chaqueta» de líder y moverse como un miembro más del cuerpo. En ocasiones, incluso, el líder o ministro traslada esta actitud a su hogar y trata a su esposa e hijos como si fueran también miembros de la congregación.

El peligro de esta postura es comenzar a creer que no existen, dentro de la congregación, personas que realmente nos pueden ministrar. De este modo, nuestro trato con ellos se convierte en un camino unidireccional. Nosotros siempre damos y ellos siempre reciben. El apóstol Pablo, a pesar de gozar de un prestigio y un perfil sin igual dentro de la iglesia del primer siglo, poseía un corazón abierto y humilde, dispuesto a recibir de sus hermanos lo que ellos pudieran entregarle de parte de Dios. Esta clase de líder es la que más inspira a sus seguidores, porque no se presenta como perfecto a los demás, sino como uno que también está en el proceso de formación. Lejos de restarle autoridad, esta actitud enaltece su persona y bendice su vida.

3. La relación con Dios

El líder cristiano busca una relación de intimidad. La revelación de los proyectos de Dios es el resultado de las intimidades comunes entre dos seres que se aman, Dios y su siervo.

Texto Bíblico: Juan 5:19-20

Este texto del Evangelio según Juan nos explica claramente la razón por la cual el ministerio de Jesucristo fue tan exitoso. Por esto mismo, cuando le llegó la hora de marchar hacia la cruz, Cristo pudo declarar que había completado la obra que se le había entregado —lo cual no es lo mismo que decir que había hecho todo lo que podía. El secreto de haber concluido exitosamente su ministerio se encuentra en esa absoluta unidad que sostenía con el Padre que describe el texto del pasaje.

Podemos notar, primeramente, que el Hijo no emprendía proyectos por cuenta propia, sino que se unía a las empresas del Padre. Este punto es absolutamente clave para cualquier persona que está en ministerio. Por supuesto, lo más fácil es emprender un proyecto destinado a glorificar al Padre y simplemente pedirle a él que lo bendiga. No obstante, los proyectos que avanzan son aquellos que coinciden plenamente con lo que el Padre está haciendo en el lugar donde nos encontramos. La verdad es que no tenemos capacidad, en nosotros mismos, de discernir las intenciones ni los pensamientos de nuestro Padre celestial. Si él no los revela, estamos condenados a trabajar a oscuras. El conocimiento de su voluntad, por lo tanto, se constituye en una pieza fundamental para construir un ministerio que goza del pleno apoyo de Dios.

La segunda parte del texto nos permite ver cómo Jesús lograba este conocimiento. El Padre, por el amor que lo une al Hijo, le revelaba sus proyectos al Hijo. Es decir, la calidad de relación que disfrutaban entre sí, llevaba a que, de manera natural, el Padre hiciera al Hijo partícipe de las intimidades de su corazón. El amor que el Padre tiene por el Hijo se basa, a la vez, en que Jesús vive una vida de sumisión absoluta a Dios.

¿Cómo afecta esta relación nuestros propios ministerios? No podremos avanzar con éxito si no estamos plenamente plantados en los proyectos de Dios. Para esto, necesitamos que el Padre nos revele su corazón. Solamente lo hará con aquellos que demuestran su amor y compromiso incondicional con él. Es decir, esta revelación no es tanto el fruto de una búsqueda en oración —aunque esto también es parte de nuestra relación con él— sino el resultado de las intimidades comunes entre dos seres que se aman.

Lo que debe alegrarnos inmensamente a los corazones, como líderes, es que esta intimidad está disponible para todos los que quieren echar mano de ella. Jesús le dijo a sus discípulos: «*El que tiene mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama; y el que me ama será amado por mi Padre, y yo lo amaré y me manifestaré a él.*» (Juan 14.21)